

# RECENSIONES

LA CIUDAD ENEMIGA, por Manuel Chaparro. HA PASADO UNO MAS, por José de Diego. FRAUDE, por Antonio Pérez Sánchez. DESPUES DEL PRIMER PASO, por M. Bolcán. Novelas en el número 2 de la Colección *Nova Navis* de Editorial Aguilar. Madrid, 1956.

La segunda salida de la ya famosa *Nova Navis* no desmerece en nada de la primera a la cual supera en algunos puntos. Sus obras no parecen frutos de la primera, singlada de una nave, sino derrotas seguras y firmes de navíos veteranos que han dejado estela en todos los mares del planeta. Esto demuestra, amén de una superada selección por parte de los asesores de la editorial, la asombrosa capacidad para el arte de nuestra raza. Hay países donde todo el mundo lee y casi nadie escribe. En el nuestro todo el mundo escribe—y una buena parte muy bien—y casi nadie lee. Ese es nuestro gran mal o nuestro gran bien, que es difícil tomar partido en el dilema.

La ciudad enemiga es una narración objetiva, de considerables valores plásticos. En ella está reflejado el paisaje gallego, apacible y siempreverde, captado sorprendentemente bien por una retina meridional. Caso contrario al de Palacio Valdés o Pérez Lugín, mentes nórjicas enamoradas del sol del sur. No es necesario, pues, que recalquemos más la exactitud de la ambientación que aquí como en todas partes es más difícil al forastero que al indígena, ambientación que alcanza al dominio del lenguaje.

Como muchas obras primerizas, la presente tiene una tesis que cada lector juzgará a su gusto, pero que el autor expone sin soluciones efectistas ni posturas dogmáticas. Encarñado con la aldea en que hizo sus primeras armas como educador nos da de ella una versión idílica e intangible, donde todo perfeccionamiento es innecesario a pesar de ser muchas las

imperfecciones que el escritor no se recata en enumerar. Prosa calmosa y dulce, a tono con el ambiente y con la acción; descripciones típicas depuradas y en suma, lectura agradable, de viajero acomodado en la ventanilla de su vehículo.

A diferencia de lo anterior *Ha pasado uno más*, de José de Diego es una novela subjetiva, personal. Uno de estos relatos en que el protagonista lo es todo porque se identifica con el autor, sin que esto quiera decir que nos hallemos ante una autobiografía, sino más bien ante un discurso. La tesis es aquí la universalidad invencible del egoísmo humano a quien se personaliza en una figura que no es sino la conciencia individual—una conciencia negativa, es cierto, pero existente, especie de ángel malo que le hace ver cuanto hay de fantástico en su inútil rebeldía. Un episodio más entre don Quijote y Sancho, prendido en las aventuras, ciertamente poco lógicas, del protagonista. La obra resulta un poco desigual por efecto de los muy diversos materiales que se han empleado para elaborarla. Realismo en algunos tipos perfectamente diseñados—como esa Chón que se define en dos o tres frases—pragmatismo filosófico en otros sitios; incluso en algunos se traslucen retazos de narración romántica o de novela rosa. Hubiera sido mejor, además, prescindir de esas páginas en *off* (como ahora se dice en términos cinematográficos) y entrar desde luego en la acción principal omitiendo innecesarios prólogos y epílogos. El estilo es tajante y escueto, pero significativo y audaz. Un sentido del humor demasiado vencido hacia el sarcasmo, pero exento de elegancia. Y una habilidad narrativa que sólo está pidiendo acción más lógica para interesar de veras al lector.

*Fraude* es la más cuajada de las obras que componen el volumen y la de más envergadura literaria. No es extraño porque Antonio Pérez Sánchez no puede ser considerado como un novel. El editor, en unas líneas preliminares, le asigna un ori-

gen levantino, pero nosotros sabemos—creemos saber salvo error—que es extremeño y algunas de sus obras han pasado por estas columnas arrastrando merecidos elogios. No son pocos los que ahora hemos de conceder a este nuevo libro suyo. Pérez Sánchez, sabroso costumbrista y pintor de brillante paleta, entra aquí en el terreno de la novela psicológica y lo hace con un profundo conocimiento de la materia. Con la misma fidelidad y verismo con que en otras obras suyas describe campos, montes, fuentes, pilares y callejas, aquí fotografía todos los tipos humanos que integran el pequeño mundo de un pueblo y delinea estos retratos en vigoroso claroscuro.

El relato lleva al lector embebido en sus interesantes páginas. Hallamos como siempre una prosa recia y perfecta, apretada en el concepto y armónica en su sonoridad, siendo excepción a esto dos o tres palabras malsonantes de las que ahora es moda no prescindir en ningún escrito.

A la hora del juicio universal a que todo autor, queriendo o sin querer, somete a sus personajes, el enfoque nos agrada menos. El problema humano del protagonista es frecuentísimo en la vida. Es la eterna cavilación de nuestro espíritu caprichoso, prendado siempre de lo lejano o prohibido y menospreciador de lo que tiene. Este médico rural que ha logrado alcanzar la totalidad de las aspiraciones normales del hombre, suspira por las anormales, gimiendo siempre ante la ventana que las circunstancias no le han permitido saltar y sin el discurso suficiente para comprender que al otro lado de la ventana no hay absolutamente nada. En el pequeño caos en que se debate el protagonista y sus amigos, todos los problemas tienen una solución sencilla. Basta en todos los casos con romper la marmora que encadena cada hombre a su vicio en un acto de energía. La novela supone que ni uno solo de sus personajes posee esta mínima fuerza moral. Y este es a nuestro juicio su gran fallo, pues deja en el ánimo del lector la desoladora y falsa enseñanza del «no hay arreglo». En el protagonista, hombre caviloso, insaciable, amigo de buscar tres pies al gato, anormal en suma, o por mejor decir antinatural, hombre a quien aburren las castas caricias de la esposa mientras ahora el sucio contacto de la prostituta que le inició en los goces del sexo, no existe otro *fraude* que el que infiere a su propia razón al creer que la llamada prosa de la vida no encierra para el que sabe gus-

tarla tanta poesía como pueda suministrar cualquier mundo.

Cierra este volumen *Después del primer paso* de M. Bolcán, que no es un relato continuo, sino una serie de viñetas o cuentos de la vida moderna plenos de realismo y de sabor satírico. El mérito de estos cuentos es muy desigual. Algunos revelan una pluma todavía inexperta; otros emplean un lenguaje salpicado en exceso de palabras ásperas y vulgares que aplebeyan el estilo. Por el contrario hay otras varias narraciones deliciosas, tales como las tituladas *Lo atávico* y *El cuento nuevo. Historia de un gran amor* contiene una amarga lección gráfica de la tosquedad de la sensibilidad masculina hasta en las más bizarras situaciones. Si M. Bolcán pertenece a este sexo, como parece, hay que estimar la sinceridad de este yo pecador colectivo.

\*\*\*

EL LAUREL SOMBRIO, por Mario Angel Marrodán (Antología). Colección «Doña Endrina» núm. 16 Guadalajara, 1956.

Como sabe mucha gente, hoy día se construyen *robots* o máquinas automáticas que escriben versos. Un *robot* es un cerebro artificial que sustituye al humano en todas aquellas tareas de cálculo que obedecen a leyes preconcebidas. Estas máquinas electrónicas ejecutan a veces asombrosos trabajos mentales, supliendo a cientos de matemáticos, pero en fin de cuentas, no son más que esclavos, máquinas de trabajar, sin vida ni iniciativa propias. El *robot* más complicado y maravilloso no puede decidir por sí mismo ni la más sencilla elección y su poder creador es absolutamente igual a cero. ¿Cómo, pues, puede un *robot* escribir? ¿Ha habido algún genial Frankenstein que inyecte sentido artístico a su máquina? No. Sencillamente, la poesía se ha puesto al alcance de los *robots*. Nosotros hemos leído poemas de estos «automáticos» y en nada se diferencian de otros producidos hoy por seres humanos. Con ello ha quedado demostrado que una parte de lo que actualmente se entiende por arte no es sino matemática pura, corriente técnica combinatoria en que se manejan en vez de los algoritmos algebraicos, fórmulas idiomáticas o plásticas.

Mario Angel Marrodán es un infatigable constructor de esta clase de poesía de *robot*. Y ello es muy lamentable por-

que posee más que sobradas cualidades para intentar una creación personal en vez de actuar como simple operador de una máquina. Sin asombroso dominio del lenguaje y la perfecta armonía auditiva de sus versos le ponen en condiciones de acometer más serias empresas. Esperamos que algún día lo haga así y con él muchos de nuestros jóvenes artistas, empujados, en alas de una moda de descomposición, en cultivar un estilo inane que, prescindiendo del cansancio que produce al lector, destruye la personalidad del autor hasta extremos absolutos.

\*\*\*

ALA EN EL VIENTO, Poesías por Elina Castellanos. Montevideo, 1954.

Editada con pulcritud y buen gusto y con bellas ilustraciones a la pluma, nos llega esta selección poemática que contiene treinta y dos composiciones, todas ellas unidas de un apacible goce espiritual que se transmite al lector a través de cadenciosos versos. La mayor parte de estos poemas son sonetos o estrofas de análoga longitud, compuestas por tres o cuatro serventesios.

La poesía de Elina Castellanos vive en un mundo de captaciones intelectivas, bien que el suyo sea un cerebralismo armónico muy distinto a los poetas-catedráticos al uso. Las figuras líricas, con todo, están diseñadas con trazo poco profundo y en un tono de *sotto voce*; en ocasiones esto origina una difuminación excesiva, pero en otras permite un nivel de aquilatamiento admirable. Ejemplos de esto se encuentran en *Azul, Recuerdo, Grises* y alguna más.

\*\*\*

POEMAS TRISTES A MADIA, por Carlos Murciano. Colección «Alcaraván». Núm. 1. Arcos de la Frontera 1956.

Desde Jeremías y Ovidio a Bécquer y Amado Nervo y hasta el mismo Juan Ramón Jiménez, la tristeza ha sido siempre manantial de las más puras inspiraciones poéticas. Diríamos más aún: la tristeza es el sentimiento que ha inspirado las más bellas páginas en la historia de la lírica. Son infinitos los estetas que se han desvelado buscando las causas de este fenómeno o tratando de explicárselas. Para nosotros el asunto está muy claro. El hombre canta especialmente cuando está triste porque cuando está contento no se entretiene en cantar: goza sin preocuparse de otra cosa. Es la privación la que

engendra el deseo de cantar, tanto en el hombre como en el animal, dotado por la naturaleza de esta facultad. Las canciones alegres rara vez tienen la grandeza de las elegías y otras composiciones impregnadas o cuando menos matizadas por un sentimiento doloroso.

Nada, pues, tiene de extraño que *Poemas tristes a Madia* sea con mucho el mejor de los libros compuestos hasta la fecha por Carlos Murciano, el aquilatado poeta andaluz, editor, junto con su hermano Antonio de la conocida revista «Alcaraván» que es también el nombre de la colección poética que inicia el libro de que estamos hablando. Detrás de la composición titulada *Inicial*, un soneto poco convincente, se escalonan una serie de rimas numeradas correlativamente, en las que la forma, una elocución recortada e intermitente, poesía a impulsos diríamos muy característica del menor de los Murcianos, no es más que la original jaula que alberga exquisitas concepciones rezumantes de fina melancolía. Porque el estro de estos *poemas tristes* no es exactamente la tristeza pura, el dolor desolado y sin esperanza, sino una tristeza fecunda y dulce, una tristeza sin lógica, es decir, lo que nuestro idioma expresa con la palabra melancolía.

Este estilo surrealista recortado en trizas, arlequinado de metáforas duras, en muchos autores actuales sólo consigue fatigar al lector por la inarmonía de los elementos con un todo que frecuentemente no existe. En Carlos Murciano, contrariamente, estas trizas recomponen un cuadro de sosegado y delicioso argumento, lo mismo que los fragmentos de cristal de colores, manejados por un artista verdadero se convierten en un ventanal policromo por el que se filtra una luz que vivifica el conjunto. Esta es la tarea y el acierto del autor en casi todos los poemas del libro, y decimos casi porque en alguno de ellos, como el soneto citado, se encuentran, como tributo a tendencias que el joven poeta no acierta a sacudirse del todo, algunos trocitos desensamblados que hacen el papel de pequeñas pedradas en la vidriera maravillosa de la estrofa.

\*\*\*

ECO DE UN ARCOIRIS, Poemas por Alejandro Gallinal Castellanos. Madrid, 1955.

En los 25 poemas que integran este bien presentado libro, se da una versión

más de la angustia juvenil de Hamlet ante su destino, la eterna queja del alma proyectada en el vacío de la vida, modulada por casi todos los poetas del mundo y tema por cierto favorito de los de la presente generación. Hay que confesar que esta versión está llena de dignidad y de carácter excepcionalmente trascendente y empleamos la palabra excepcional porque en estas líneas llenas de lirismo palpitan verdaderos sentimientos, expuestos en esquemas de sonancia moderna, pero sin concesiones a los estilos de palabrería gárrula tan al uso. Por lo menos esto se puede decir de la mayor parte de las composiciones de este librito. Hay una auténtica poesía en principios como el de la XVI.

Soy el marino que atraviesa los mares  
de los sueños  
tengo los ojos cargados de horizontes  
y las manos locas de vientos naufragos

o en finales como el de la XV

Entonces tu jardín alumbrará sus flores  
verdes  
se apoyarán en ti los pájaros cansados  
y tú llorarás versos en silencio

a pesar de carecer de todo ritmo, para rendir un tributo a la moda del momento. Es decir, a pesar de estar escritos en prosa, estos poemas tienen una armonía interna que agradece el oído y que proviene de una innata capacidad melódica en el escritor. Un ensayo poético muy estimable y que coloca a su autor en favorable posición inicial para escalar más dominantes cimas.

\*\*\*

RIOS AL MAR, por Enrique Segura. Badajoz, 1956.

Siempre suelen leerse con agrado estos libros de miscelánea donde la variedad de los temas contribuye a la armonía del conjunto, como las flores de distintos tamaños y colores adornan un búcaro o los frutos diversos y apetitosos que colman un cestillo. Cuando el recolector o jardinero es persona experta y tiene gusto artístico y en nuestro caso y dejándonos ya de metáforas, posee una pluma fácil y maestra, conoce el secreto de hacer atractiva una viñeta escrita, nos refiere lo que sabe con sencillez y campechanía, el lector percibe al recorrer las páginas un hábito de placidez y bienestar y mentalmente reserva su gratitud a quien le obsequia con tan fino regalo.

La dilatada existencia de Enrique Segura, no tanto cronológica como artísticamente hablando, le permite enfocar toda clase de asuntos y presentarnos una variadísima serie de dioramas enmarcados casi todos en el espacioso ámbito de la baja Extremadura y de ese Badajoz que podría llamarse su diócesis literaria. En estos *rios que van al mar*, título que encontramos muy acertado y simbólico, pues se trata de corrientes de recuerdos que él quiere fijar sobre el papel antes de que fluyan al mar del olvido, se encuentran toda clase de materiales y en todas las formas posibles presentados, en suma, todo lo que puede ser objeto de una amena y evocadora conversación animada por una boca culta y donosa.

Hay aquí cartas antiguas, anécdotas revividas, biografías breves, instantáneas de viajes, cuentos imaginados o sacados de la realidad con leve trastrueque en los nombres de personas y ciudades; aguafuertes vivaces entre los que destacan por ejemplo los que tienen por protagonistas a Antonio Machado, Benavente, Carolina Coronado o Manuel de Monterrey, todo ello seleccionado, alineado y hábilmente repartido a través de las 260 páginas del libro que pasan, como hemos dicho al principio, agradosamente aun por las personas que no conocen o sólo conocen de lejos el ambiente badajocense, del cual estas viñetas vienen a dar una referencia de gran valor típico y a veces histórico.

Es de destacar y alabar el hecho de que en un libro por el que desfilan tantas personas y cosas no se encuentre una frase hiriente, ni un juicio satírico, ni siquiera una leve crítica, ni un momentáneo viaje a la ironía. Segura ve y hace ver todas las cosas a través de un cristal de benevolencia propio de quien está por encima de pequeñas pasiones. Pocos costumbristas se han visto libres del defecto contrario.

Hay que felicitar al ilustre y veterano escritor pacense por esta esmerada selección de artículos de jugoso contenido y fina literatura.

OMAR EL ZEGRI

CATALOGO de la Exposición de Pinturas de Eugenio Hermoso, celebrada en Badajoz en Noviembre de 1936.

En los salones de la Delegación de Cultura de la Diputación Provincial de

Badajoz se celebró la Exposición de pinturas de Eugenio Hermoso, que reseñamos en otro lugar de esta revista.

Queremos ocuparnos aquí solamente del catálogo que, con tal motivo, editó el organismo provincial citado. Lo ha sido en muy buen papel satinado, con limpia y escogida fotografía, distribuida con cuidado y acierto y con un enjundioso y afiligranado comentario de nuestro querido F. Vacas Morales.

Las fotografías de los cuadros van acompañadas de sendas glosas que son verdaderas obras de orfebrería literaria, llenas de poesía y rizados vuelos. Si la exposición constituyó un brillante éxito de las artes plásticas extremeñas, su catálogo es un bello recuerdo de tan importante acontecimiento artístico.

\*\*\*

CORAZON DE CRISTAL, por Rosalía de Segura. San José, Costa Rica, 1956.

Dirige Rosalía de Segura el periódico costarricense «Mundo Femenino», del que es propietaria.

Publica ahora este apretado libro de versos después de haber pulido bien, según nos refiere su prologuista, Víctor Guardia Quirós, la pluma en la prosa, al contrario de lo que se me figura a mí que suele suceder. Quizá se nota este camino de *viceversa* en el hacer poético de Rosalía de Segura, que pierde a ratos espontaneidad y frescura prosificando en algunos de sus poemas más de lo conveniente.

Pero estos son lunares por fortuna poco abundantes y que ponen más bien de relieve las limpias claridades con que reverberan las mejor talladas obras de su poemática.

Hay en ella el sentimiento fundamental del amor: un amor apasionado y apasionante; zarcido con hilos de sangre o de luz; mirando al lado o hacia arriba; amor de amante o de adoratriz. Adivinada en sus poemas, Rosalía de Segura es una mujer perfecta, hecha al unísono de carne y espíritu; a un tiempo lumbre y antorcha, fémica acabada.

Siendo esto así, ¿qué mucho si decimos que Rosalía de Segura es poeta de verdad?

Una muestra nos dará la razón con más seguridad que cuantas tintas y argumentos queramos aducir en favor de lo que afirmamos:

Brotas de mí como un caudal de lava

que se torna palabra.

Eres de mí todo principio,  
eres el que me tiene,  
porque todo para mí  
principia en ti  
pero en ti acaba.

Tú estás dentro de mí,  
tú eres el único que de mis labios  
toma toda la miel que tienen.

Mi beso para ti se hace cereza

Y todo el amor con que se empapan estos versos en los que no sabemos si late lo humano o lo divino, nos sorprende luego fundido en un cuasi divino sentimiento lleno de idealización limpia y transparente:

Es entonces oh verso  
mi solo y dulce amado,  
que no sé si me tienes  
o si te tengo yo,  
no sé si eres mi amante,  
no sé si soy tu madre  
no sé si es que tu vienes  
o que yo voy a ti;  
sólo sé que eres mío  
y que para formarte  
hice tinta de estrellas  
que a mi llanto mezclé,  
sólo sé que soy tuya  
sin límite de tiempo  
que sólo tú me haces  
plenamente mujer.

Justo, eso es: Mujer hecha verso y verso cincelado en carne femenina llena de jugos fecundos, paridores de amor que irradia redondo, luminoso y caliente como las tierras de su país.

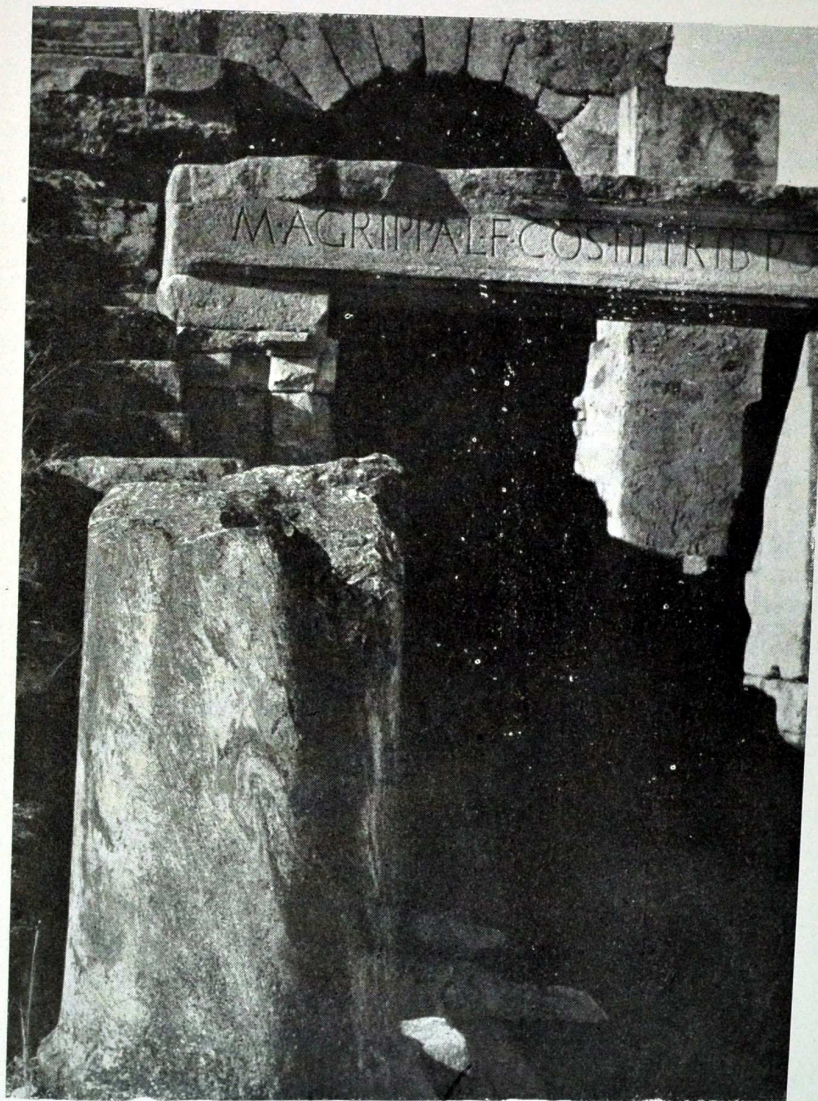
\*\*\*

POEMAS DE LAS DOS ORILLAS, por Juan María Robles. Ediciones Ensayo, Madrid, 1954.

Aunque lleve editado tres años, hasta ahora no hemos conocido este libro. Nos ha llegado de la mano de su autor, un sacerdote de cuerpo entero, del que no queremos hacer más elogios por no manchar la preciosa humildad con que madura sus talentos.

Poemas de las dos orillas; de la de Dios y de la de las cosas de Dios. Porque así lo ve todo quien a Dios se ha dedicado completo. Mejor diríamos: de quien en Dios se completa cada día.

Hay mucho oficio, mucha inspiración y no poca tierna y conmovedora ingenui-



ALBUM EXTREMEÑO.—Detalle del Teatro Romano de Mérida.—  
(Foto Olivenza)

dad en estos poemas tan dispares y convergentes a un tiempo. Temas bien diferentes van como flechas a un punto fijo que centra la perspectiva animica del poeta, siempre fiel a una fe bien anclada aunque estremecida con palpitaciones de hondas ternuras.

Hay un ángel en todas las cosas. El ángel de este poeta está siempre en trance de levitación, tirando fuerte hacia arriba, con el hilo tenso y vibrante como las cuerdas de un arpa. Y sus dedos quieren ayudarlo y resbalan, a veces, sacando acordes dulces, o trémolos gregorianos, que son notas bien tañidas en la orquestada armonía de las cosas del cuerpo y del alma.

En la línea del moderno hacer poético, Juan M.<sup>a</sup> Robles, tiene un cauce bien labrado, y hay espejeantes reflejos en las limpias aguas de sus metáforas y blandas brisas ondulan las tiernas hierbas de sus riberas, que juegan tropos y bailan los vocablos con castiza donosura.

Nos amiga el hombre y nos deleita el poeta. Uno y otro cierran perfecto el círculo de nuestro leal amar y entender.

\*\*\*

PRESENCIA y TIEMPO, por Amílcar Uralde. Ediciones Voz Viva. Buenos Aires, 1957.

Amílcar Uralde tiene una visión redentora del poeta. No cabe más alta la mira ni más generosa la entrega. Este sentimiento le fía mucho más de lo que nosotros pudiéramos decir.

Lo canta en estos versos;

Vengo a verter la sangre que no tienes,  
el sueño que te falta.  
La voz precisa con la cual provoco

la certidumbre real de la armonía.

Vengo a volcar la lágrima encendida  
en la hora ritual de la tristeza;  
a escanciar en tu copa de sonidos  
el himno de mi vida,  
la frutada palabra anunciadora  
de una inmortal aurora sin neblina.

Todo él está traspasado y como unguento de un sabor de divinidad generosa, pegada a lo humano, temblando en lo humano con dolor de germinar y asombros de recién nacido:

Hallé la miel de la ternura  
en el pristino rostro que aún me mira.  
Mis labios al nombrarlo  
de gracias se llenaron  
y fué palabra y voz de maravilla.

Está prendido por las raíces y ojos;  
pies y manos en tensión; árbol y pájaro:  
poeta integral, o mejor, integrado:

Vengo desde los días de la infancia,  
He crecido hacia arriba y hacia abajo.  
Ramazones de greda he traído.  
Arboladuras de nubes me reclaman.

Pocas veces hemos tenido en las manos un libro tan denso de poesía. Tanto podríamos decir de él que apenas si acertamos a decir nada. Cuanto se nos ocurre nos suena hueco y sin sentido.

«Presencia y tiempo» es un libro para leído y meditado. Tiene imposible el comentario. Yo, al menos, me veo tan chiquito ante él que apenas si acertó a hilvanar estas pocas líneas.

Amílcar Uralde es un gran poeta y su libro, «Presencia y tiempo», un compendio perfecto de la mejor poesía.

Esto digo, con mi más sincera admiración.

JOSE CANAL

